

No había venido a Estambul desde 1937. Diez años del treinta y siete al cuarenta y siete, once al cuarenta y ocho, doce al cuarenta y nueve, cuatro más al cincuenta y tres, o sea, dieciséis años en total. Fue a finales de febrero del treinta y siete. Esta vez era en marzo, dieciséis años, un mes y unos días más tarde.

Pasan los años como trenes sin detenerse en las estaciones.

Se apeó del tren con una mezcla de extrañeza y arrepentimiento. ¿Por qué había dejado las zapatillas y las confortables habitaciones con olor a retrete? ¿Sintió una punzada de nostalgia del rostro aún sonrosado de su esposa, las collejas en la bonita nuca de su hijo, las pestañas de su hija! ¿Siente alguien nostalgia de su radio, del piloto de luz verdosa de su radio, de la aguja del dial repleto de nombres de ciudades extranjeras marcadas en rojo, verde y amarillo? ¡Maldita sea! Sienten nostalgia las personas emotivas. Por suerte, todos los hoteles de Sirkeci guardan recuerdos y cosas de todas las ciudades de Anatolia. En el espejo de todos los hoteles había un par de trazos de Hacı Mustafá, agrónomo, del veterinario Fuat, de Kangaloğlu, del yerno de Idris Bey, de la perilla de su hijo. Si no, se sentiría más extraño todavía... De hecho, casi... Si la ciencia hubiera progresado algo más y con una inyección lanzara al cielo a alguien y lo dejara en el tejado de su casa, él habría probado. Se preguntó qué habría hecho si hubiera caído en el tejado de su casa. ¿Descolgar una cuerda por la chimenea? ¿Ponerse a dar voces? Eso sería una pena. ¿Para qué despertar a los niños? Aunque a esas horas estarían pegados a la radio. ¿Quién habría hecho algo así en su casa a esas horas? Además, ¿por qué caer en el tejado de la casa? ¡Una insensatez, una estupidez francamente! Habiendo llegado allí gracias a la ciencia

con una inyección clavada en el cuerpo, podría haber caído en el jardín, incluso a la puerta de la casa. Con una inyección más potente habría podido sobrevolar la ciudad. ¿No es así?

Su familia se habría llevado una buena sorpresa. Su esposa era tan inocente e ignorante...

—¿Cómo lo ha hecho, señor Reza? —me diría.

—He ido a la farmacia —diría yo—. Le he pedido al farmacéutico que me diera una de esas inyecciones para viajar. Imposible, me contestaría, es con receta. No se ponga así, no me haga esto, señor farmacéutico, le diría yo. Claro que puedo pedírsela al médico, pero ¿por qué gastar más dinero? No puedo dársela, señor, no puedo, diría el farmacéutico ¿Y si le afecta al corazón? ¿O le sube la tensión? ¿O tiene usted cáncer? ¿O una herida que no cierra en los pulmones? Cállate la boca, diría para mis adentros. Y a él le diría que no tengo nada mal, señor farmacéutico, le juro que no. Estoy hecho un roble. Ni tensión ni presión. ¿Por qué iba a ir al médico ahora? Le doy el dinero del médico y usted me da la inyección. Él sonreiría. Se quedaría pensativo, volvería a sonreír. Esposa mía, en estos tiempos las ciencias avanzan, pero la humanidad no tanto. Por fin me daría la inyección. Vamos a ver, diría, lo primero de todo, el dinero de la consulta, veinticinco pavos. En Estambul los honorarios del médico avanzan igual que las ciencias, esposa mía...

El señor Reza se encogió de hombros. ¡Dónde iba a parar! Cuando estaba en casa, no se dedicaba a semejantes elucubraciones. Claro que, ¿por qué no? Mis ensoñaciones son posibles gracias a la ciencia, dijo para sus adentros, aunque vamos a dejarlo estar. Por ahora no son más que imaginaciones.

—¡Han disparado al mariscal Tito en Londres! —gritó al entrar en el café un vendedor de periódicos.

—Dame uno —dijo dándole una moneda de diez.

El vendedor le devolvió cinco con un gesto de satisfacción.

—Este periódico es barato —dijo—. Aquí no llega. Siempre nos mandan los de quince. Hay que ver, en Estambul los leen por cinco *kuruş* y a nosotros nos hacen leerlos a quince.

Cebollas... ¿cuántos miles de kilos de cebollas tenía? ¿Y de patatas, ajos, cebada, avena, maíz...? Ponle a más de diez *kuruş*... Echó la cuenta. Si estallara una guerra... sería millonario. Este era el objetivo del señor Reza. Su padre, el señor Hafiz Saim, le había legado una casa, una tienda y un campo. Se había quedado con la casa y la tienda. Había arrendado la mitad del campo. Compraba y vendía, se manejaba bien.

El campo de trescientas hectáreas estaba al borde del agua. El maíz del campo que estaba al borde de agua llegaba hasta el cielo, de grande que estaba. Al pasear por dentro del maizal el olor de las mazorcas resultaba embriagador. Recordó la luz de la luna en el maizal. ¡Cómo brillaba! ¡Qué diferente de cuando brillaba en el mar! Como la vez que el resplandor de la luna lo engañó y lo llevó al maizal. Era el sol poniente el que se había hundido allí.

Cortó una raja de sandía y se la comió. Al pasar por la linde del campo vio el *şalvar* de la chica gitana.

Debió de darle suerte la gitana porque a los pocos días la fábrica de azúcar le ofreció mil liras por hectárea del campo. Trescientas hectáreas, trescientas mil liras. Para volverse loco. Esa noche tuvo unos sueños delirantes. Nada más meterse en la cama se echaba encima de una mujer tras otra. Una chica bosnia de cabellos rubios y ojos azules, una gitana morena de Serez de ojos lánguidos y olor a trébol... una esbelta circasiana. Una georgiana

de ojos almendrados y piel nívea... Y luego se compraba un coche de caballos. Y se construía una casa de campo. Y melocotoneros, plantaba melocotoneros.

Pero no le parecía suficiente. Estaba empeñado en llegar a quinientas mil. Con el tiempo se había hecho más avariento. Un millón, si pudiera llegar a un millón ahora, ¡vaya palabra!, ¡millón!

Qué rápido se dice millón. No te creas que es una palabra infantil. Un millón es un tesoro... «Mi llo na rio»: el hombre del millón, el dueño de un millón. Justo cuando acababa de ganar 60.000 liras a la lotería. Si pudiera cambiarse de apellido. Vaya apellido tenía su padre. «Karagözoğlu.» Se gastó trescientas liras. Hizo un rótulo con el nombre de «Reza Millonario». Lo colgó a la puerta de la tienda, aunque le dio un vuelco el corazón solo de pensar que alguien le dijera que no era millonario.

Si estallara una guerra, le iría bien. Entonces les enseñaría a los que se habían burlado de él. Incluso diez *kuruş* por kilo era demasiado. Con ocho bastaba. Sería millonario.

Miró la foto de Tito. Era perfectamente posible. Si la noticia era verdad, estallaría una guerra. ¿No había empezado la Primera Guerra Mundial por el asesinato del archiduque de Austria? ¿No había estallado en Serbia?

—¡Señor Reza, señor Reza, se llevan a su hijo al ejército! ¡En estos tiempos una bomba no respeta ni un millón ni un soldado ni una casa ni una mansión en el campo! —le gritaban varias voces al oído.

Cambió de sitio. Fue a sentarse a la ventana. Vio pasar los tranvías. Si tomara un tranvía vacío de los que pasaban y fuera a Beyoğlu, no le sentaría mal dar un paseo. Mientras dilucidaba si hacerlo o no, subió cinco *kuruş* el kilo de patatas. Se vio el doble de millonario por lo que podía sacar de aquí y de allá

en la eventualidad de una guerra. ¿Estallaría la guerra o no? Si estallaba se haría rico, pero ¿y su hijo? Podría perder al hijo que tanto se parecía a él en lo moreno, la extravagante mansión en el campo, incluso la casa de la ciudad con su olor a retrete, su estufa de chapa, su sofá tapizado, su ciruelo y su vid en el jardín, su mujer también la palmaría... Una vez perdido todo, el dinero no tendría valor. Nada tendría valor. De pronto sintió que había desperdiciado toda su vida. Que había basado su reputación en el dinero, su prosperidad en el dinero, su salud en el dinero, su radio en el dinero y su mansión en el campo en el dinero.

No tenía valor. Nada tenía valor. Ni él mismo tenía valor. ¿Acaso comprar y vender era un trabajo? ¿Era un trabajo esperar las ganancias? ¿Era un trabajo despachar por trescientos mil *kuruş* un campo siempre inundado que no rentaba ni trescientos y ganarse de la noche a la mañana el saludo, el respeto y la consideración en la calle y en el barrio? ¿Era un trabajo todo eso, eh? Sintió un ataque de angustia. Volvió a salir a la calle.

¡Era un trabajo! ¡Claro que sí! ¿Sabía hacerlo todo el mundo? Tampoco debía maldecir su buena suerte. Dios proveía. Pero ¿por qué lo había elegido a él para ser afortunado? Eso no puede saberse. No puede cuestionarse su Sabiduría. No tiene sentido. Nos ronda la tentación. No se debe pensar demasiado para no caer en ella. ¡Se debe aceptar que no se cuestiona su Sabiduría! Hay que tener fe. ¡Quien tiene fe no debe pensar mucho, no debe dudar! Debe decir esto es así, así está escrito en la insondable sabiduría divina. No debe cuestionarse. ¡Que la cuestionen quienes quieren caer en la tentación... los afortunados como él no deben hacerlo!

—¡Camarero! ¡Muchacho! ¿Puedes traerme media de pan con queso?